

XLI PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

**Antonio Tocornal**

# **MALASANTA**

*f)L* Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta obra fue galardonada con el XLI Premio de Novela Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Carmen Posadas, Carolina Rubio Alonso, Paqui Chaves Pérez, Victoria Pineda González, Isabel María Pérez González, Ana Muela Pareja e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2022

© Antonio Tocornal, 2022

© Fundación José Manuel Lara, 2022

Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: Adobe Stock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 732-2022

ISBN: 978-84-17453-93-0

Printed in Spain–Impreso en España

Esta espectral textura de la oscuridad, esta melodía en los huesos, este soplo de silencios diversos, este ir abajo por abajo, esta galería oscura, oscura, este hundirse sin hundirse... /... La soledad es no poder decirla por no poder circundarla por no poder darle un rostro por no poderla hacer sinónimo de un paisaje. La soledad sería esta melodía rota de mis frases.

ALEJANDRA PIZARNIK

*La palabra del deseo*



## 5. DÁMASA LA TUERTA

[La Ciénaga, 1969]

Baltasara del Santo Sepulcro Piernavieja Reguilón tomaba baños de asiento sobre un lebrillo con dos dedos de agua bendita para espantar las asechanzas del Maligno con sus pompas y sus obras, y de los príncipes de las tinieblas que reptan en las regiones hediondas del averno alentando a sus huestes de maldad; pero sobre todo, y principalmente, por ver si por contacto íntimo conseguía contagiar a su marido con los miasmas de la Gracia Divina. Con ello buscaba que abandonase, de una vez por todas, la fea costumbre de irse de putas cada vez que juntaba doscientas pesetas.

Esa era la tarifa que cobraba doña Expiración a sus clientes regulares por yacer un rato no muy largo con Dámasa la Tuerta.

Dámasa era puta, portuguesa y rústica; de alguna aldea de la región de Trás-os-Montes. Llevaba de oferta

desde que la dejara tirada en La Ciénaga un titiritero de paso, un bala perdida: decían que era gitano extremeño o del Algarve, o algo por el estilo. Mal bicho debía de ser, porque la abandonó cuando dejó de servirle para su número de lanzador de cuchillos. Decía el gitano que deslucía el espectáculo; que una ayudante tuerta en la diana no daba una imagen profesional, a pesar de haber sido él quien le desgració un ojo por actuar borracho. Que la culpa fue suya –decía–, por gorda. Las otras cicatrices de cuchilladas anteriores se repartían por partes del cuerpo que quedaban ocultas bajo la ropa, pero el ojo vacante –triste fatalidad– era imposible de esconder, y la imagen que daba –y en eso tenía razón el saltimbanqui– no inspiraba confianza.

Poco antes de abandonarla a su suerte, como despedida, el lanzador de cuchillos la dejó preñada de Mala-santa, quien, al llegar a La Ciénaga, no era más que un embrión del tamaño de una uva pasa.

Dámasa fue recogida en lo de doña Expiración, de donde ya nunca saldría. Tras unas breves instrucciones, empezó a ejercer desde aquella misma tarde. La *mada-me* le explicó que, al tener un solo ojo y no dos, por lógica y por justicia, se veía obligada a pagarle la mitad que a las otras internas, lo que llegaba apenas para cubrir su manutención y el alquiler de su cuarto en el prostíbulo. A la tuerta le pareció un razonamiento fundado –en gran medida por no tener otra opción– y emprendió su nuevo oficio, con agradecimiento sincero, a cambio de cama y comida.

Estuvo trabajando hasta bien avanzadas las contracciones del parto. Dejó que un cliente de glande afilado acabase en su interior y, nada más salir de su cuerpo, rompió aguas que se derramaron, mezcladas con grumos de esperma fresco, sobre las sábanas y sobre el suelo de su cuarto. Tuvo que disculparse con el hombre que ya se vestía con el susto en el cuerpo y con prisas por marcharse de allí, y Dámasa le pidió que al salir avisase a los que esperaban fuera y que se disculpase de su parte por no estar en condiciones de atenderlos debidamente.

En menos de veinte minutos, Malasanta ya había sido expulsada a un mundo en el que los momentos de felicidad habrían de ser la excepción.

Dámasa fue obligada a retomar la faena dos días más tarde: el término *cuarentena*, a juicio de doña Expiración, no hacía referencia a días sino a horas. Desde entonces, y hasta el día de su muerte treinta y cinco años más tarde, no dejó de trabajar ni un solo día ni una sola noche, pues las guardias en lo de doña Expiración eran de veinticuatro horas y, si un cliente la requería, era despertada en cualquier momento.

Dicen que los recién nacidos son capaces de reconocer la voz de su padre si este se ha acercado regularmente al vientre grávido de la gestante para hablarle. O que son capaces de reaccionar ante la música que su madre solía escuchar durante el embarazo, y que eso los tranquiliza. Si esa teoría es cierta, el bebé Malasanta reconocía, como algo familiar, el catálogo de

gemidos, de gritos, de golpes, de insultos, y el vaivén de mil penes de hombres de paso bombeando y eyaculando a pocos centímetros de su cara nonata, del otro lado del saco uterino. Por esa razón, la recién nacida Malasanta se quedaba dormida con tanta facilidad dentro de su canasto de mimbre, junto a su madre, mientras esta ejercía.

Durante los primeros meses de vida, si el bebé lloraba de hambre cuando su madre trabajaba, Dámasa lo sacaba del canasto y le daba el pecho mientras el cliente seguía a lo suyo. En numerosas ocasiones tuvo Dámasa que imponerse ante hombres caprichosos o con inclinaciones de *gourmet*, y defender que la leche pertenecía por derecho a la niña, y que en cualquier caso su degustación no estaba incluida en la tarifa. Solo cuando Malasanta acababa de mamar y se quedaba dormida de nuevo, consentía Dámasa a cambio de un par de Bisontes o de cinco duros. Entonces permitía que los clientes libasen el excedente de leche, que siempre sobraba, o que se hiciesen pajas mientras contemplaban cómo brotaban las pequeñas fuentes blancas cuando se apretaba unos pezones negros y garrapiñados y unas areolas extensas y portuguesas sobre las que caían, como orvallo, minúsculas gotas blancas y agrias que acababan por buscarse entre ellas hasta formar pequeños riachuelos cálidos y pegajosos entre los pechos; o que se colocasen boca arriba sobre la cama y se dejasen cabalgar por el cuerpo macizo de la tuerta mientras, con los ojos cerrados y la



boca abierta, recibían sobre sus rostros una pequeña vía láctea duplicada; una vía láctea tibia y doméstica que era asperjada con desapego y con una humildad profesional, y que les hacía viajar en el espacio a varios diminutos años luz, hasta la conquista de un orgasmo cósmico que era también una pequeña vergüenza de lactante adulto e impostor, y de esa forma se olvidaban por unos minutos de sus miserables vidas.

A los seis meses de su nacimiento, Malasanta aún no tenía nombre. En realidad, nadie lo había echado de menos, pero el hecho llegó a oídos del sacerdote de La Ciénaga, quien se proveyó de su equipo portátil de cristianización, se tomó un vaso de vino tinto Savín para el camino, y se personó una mañana en el bar del prostíbulo para subsanar la deficiencia. El cura bautizó a Malasanta mientras su madre atendía las necesidades lúbricas de un sepulturero, y aprovechó para subir a continuación al cuarto de una jovencísima interna mora por ver si conseguía apartarla de Mahoma para arrimarla a Jesús, o, en su defecto, a su representante en la parroquia, sin necesidad de pasar primero por caja.

Doña Expiración, sin dudar de su derecho a amadrinar a la niña, fue quien propuso e impuso el nombre. Una de las empleadas asistentes a la ceremonia se atrevió a preguntarle a su jefa el porqué de la elección. La *madame* le contestó: «Porque dentro de toda alma humana

se esconde una contradicción; mejor ir de frente y dejar las cosas claras desde el principio». Las presentes asintieron en silencio; las disquisiciones filosóficas les eran ajenas, y ninguna entendió una sola palabra de la explicación ni tampoco se atrevieron a preguntar más.

A fuerza de conversaciones mil veces repetidas con clientes iletrados y apremiados, Dámasa acabó por aprender un español cuartelario y tosco. A fuerza de deshoras, de tabaco negro, de alcoholes blancos, de rutina y de sueño escaso e intermitente, Dámasa envejeció con rapidez y desgana; como quien tiene prisa por saltarse todos los trámites que conducen a la muerte. Por último, a fuerza de priorizar las preferencias de su clientela sobre el aspecto profiláctico, Dámasa acabó por coleccionar una abundante variedad de hongos, ladillas, gonorreas, clamidias, herpes y verrugas genitales, que ella resumía y metía en el mismo saco con el término genérico *cocceira*, que venía a significar *comezón*. Por fortuna, la sífilis y el VIH, tan popular al final de su carrera, nunca consiguieron enriquecer su catálogo de comezones.

Dámasa ejercía con una indiferencia absoluta. Permitía que los hombres poseyesen su cuerpo sin ninguna afectación; ni siquiera necesitaba fingir, ya que para sus clientes era un mero objeto; un vaso donde vaciarse de semen y de insatisfacciones. Durante el tiempo que duraba el encuentro, su mente se entretenía recorriendo otro tipo de caminos: lo mismo reproducía las recetas de cocina rústica que le enseñara su abuela, como

rememoraba, a cámara lenta, el vuelo hacia su pupila del cuchillo fatal que marcó su destino.

En media docena de ocasiones se quedó embarazada Dámasa la Tuerta, pero doña Expiración no podía asumir bajas laborales por maternidad. La *madame* era experta en provocar abortos; si Malasanta llegó a nacer fue porque, debido a la constitución de su madre, cuando el embarazo se hizo evidente, ya era demasiado tarde. Desde entonces, y para evitar nuevas sorpresas, la obligaba a llevar un control de sus menstruaciones que debía marcar sobre un calendario de propaganda con el texto «Taller de rectificadros Hermanos Jiménez» colgado en la cara interior de la puerta de su cuarto. A la segunda falta, procedía.

Primero probaba con infusiones de hierbas: la sabinina, el tejo, la ruda y el tarraguillo, pero también la nuez moscada, el romero salvaje, la artemisa, el helecho macho y el azafrán. Si no hacían efecto durante algunas semanas y el embarazo seguía su curso, recurría a aplicar inyecciones vaginales antes de que sobrepasase el cuarto mes. Ella misma hacía sus mezclas con alumbre, permanganato potásico, sales de plomo, mercurio, herbicidas y detergentes industriales. Cuando tampoco funcionaban o si perdía la paciencia, recurría al método más expeditivo de la varilla de paraguas o de la percha de alambre, pero era más arriesgado, porque muchas mujeres se le morían

de una infección tras sufrir una perforación del saco uterino, el peritoneo, los intestinos, o incluso los riñones. Las que sobrevivían no podían trabajar hasta que no les bajaban las fiebres, y eso era, para la *madame*, lo mismo que estar manteniendo y alimentando a empleadas que no podía rentabilizar.

En varias ocasiones tuvo la niña Malasanta que asistir a doña Expiración durante las operaciones que practicaba a su madre; en todas se tuvo que ocupar de cambiar las sábanas y de limpiar de sangre el cuarto, y alguna vez tuvo que deshacerse del pequeño feto; un hermano bastardo expulsado del mundo y del vientre de su madre, del tamaño de una rana y la forma de una habichuela, pero con todos sus deditos bien formados y con dos abultamientos como dos pequeños forúnculos oscuros en lugar de ojos sobre una cabecita del tamaño de una nuez.

Si Malasanta lo encontraba entero y chapoteando entre los restos de placenta y de sangre, lo cogía con cuidado entre sus manos como si fuese un gorrión herido, le cortaba el cordón umbilical, lo secaba con un pañuelo y lo acariciaba un rato como si fuese un muñeco o un cachorro de gato recién nacido. Malasanta se admiraba entonces del tacto gelatinoso de su cuerpo, y de que bastaba con una leve presión con los dedos para que la cabecita se deformase como si el cráneo fuese de plastilina; y se admiraba de la piel transparente a través de la cual se veían finísimas venitas mil veces ramificadas cuyos riachuelos azules corrían en todas las direcciones

durante algunos minutos, hasta el momento en que comenzaban a ralentizarse y el feto dejaba de moverse, como si de repente se hubiese quedado dormido.

Durante un par de días jugaba con él; le ponía nombre y le hacía vestiditos con preservativos y servilletas de papel que robaba del bar del prostíbulo. Poco a poco se iba endureciendo y se hinchaba, y se volvía frío y azulado. Cuando comenzaba a oler mal, a los pocos días, lo cogía por los minúsculos piecitos, lo arrojaba por el retrete, y tiraba de la cisterna despidiéndose de él por su nombre. Luego se llevaba las manos a la nariz para olisquear la muerte en sus dedos.

Dámasa era puta económica que subsistía gracias a una cartera de clientes con poca solvencia y menos miramientos, pero ella sabía ganárselos: no ponía mala cara cuando alguno llegaba con los pies sin lavar, o cuando el interior de sus calzoncillos amarillentos y con los elásticos vencidos exhibía la impronta grabada de alguna medalla conmemorativa, o cuando llegaban con las piojeras abiertas y en algarada. Ellos agradecían la benevolencia, a falta de propina, con media sonrisa de dientes negros o ausentes. Sabían que si se pasaban del cuarto de hora contratado –la tarifa mínima–, siempre podían negociar un tiempo de descuento –dentro de lo sensato– hasta que resolviesen la faena. Después de todo, no había prisas: de todos era sabido que en Portugal, como en Canarias, se vive una hora más tarde.